

Dos de Mayo

¡Hermosa fecha!

Con sublimes vibraciones llega hasta nosotros el mágico grito de ¡Dios y Patria!

Y nuestro pecho se inflama, y nuestro corazón palpita con la indignación y el entusiasmo con que se inflamó y palpité el pecho y el corazón de nuestros padres, y ante nuestros ojos surgen héroes y mártires, víctimas y verdugos, la hermosa visión de un pueblo dando sangre, hacienda y vida por Dios y por la Patria, y la horrible del invasor, que, impulsado por la soberbia, vulnera, pisotea y destroza los derechos más sagrados y los más altos intereses.

Dueña Francia de la capital de España, prisionero el rey, sin ejército, sin marina, sin más que el amor a la Religión (ultrajada por el francés) y a la Patria (por el francés invadida), los españoles no vacilaron en declarar la guerra al tirano de Europa.

El intento de llevar a Bayona al único miembro de la familia real que quedaba en Madrid colmó la paciencia de los madrileños.

—¡También se llevan al infante! exclama con débil y apesadumbrado acento una viejecilla, y el león adormecido despierta, y el hombre se convierte en fiera, y la mujer olvida la debilidad de su sexo, y el anciano y el niño adquieren las fuerzas de la edad viril, y un soplo de heroísmo enardece a todos... —¡Dios y Patria!— resuena por doquier, y queda hecho pedazos el coche que iba a conducir al infante y deshecha la escolta francesa.

¿Qué importa que Murat lance sobre Madrid las columnas acantonadas en las afueras, si el pueblo hace frente a los invasores?

¿Qué importa que sucumban don Pedro Velarde y don Luis Daoiz defendiendo el Parque, si el pueblo y un puñado de artilleros continúan la lucha, y cada calle es un campo de batalla, y cada casa una fortaleza?

¿Qué importa que los franceses consiguieran de afrancesados políticos que las autoridades españolas apaciguaran al pueblo y que, cuando éste depusiera su actitud, los franceses se cebaran en él y corriera a raudales la sangre de paisanos desarmados e inermes, si el grito de ¡Dios y Patria! lanzado en el memorable Dos de Mayo resonó en toda España y levantó a catalanes y andaluces, castellanos y manchegos, aragoneses y navarros como a un solo hombre?

El Dos de Mayo fué la primera etapa de la guerra de la Independencia, asombro de los siglos.

Aún estaba caliente la sangre vertida por el pueblo español en las calles de Madrid, y ya en ciudades y aldeas,

montañas y llanos, sacerdotes y militares, nobles y plebeyos, clisperos y manolas, guerrilleros y campesinos, repitiendo ¡Dios y Patria!, juraban sucumbir en la lucha antes que permitir siguiera Napoleón imperando en nuestro suelo.

Castaños, Polier, Mina, Peña, Villacampa, Merino, el Empecinado, Palarea y Palafox dieron el mismo grito, y con nimbos celestes resplandecen en las páginas de la Historia los nombres de Zaragoza, Bailén, Gerona, Cádiz y cien más.

KAHO

Ya salió el R. D. liberalizando la enseñanza.

Y salió porque al Sr. de Romanones le dió la real gana.

No porque así lo reclamara la opinión pública.

No porque había de traer algún bien a los ciudadanos o a la nación. Muy al contrario.

Salió, porque le salió al Conde de su alma liberal.

Salió porque así lo exigían las sectas masónicas extranjeras.

Y quien manda, manda; y cartuchera en el cañón, quepa o no quepa.

Y hasta otra.

A mi patria

¡Despierta, patria, de tu parasitismo!...

¡vuelve en tu séri... ¡acabal...!

¡mira a tus pies el pavoroso abismo que tu sepulcro cavó!

Del error te circundan áureas nieblas de mentido arrebol

que te llevan a un caos de tinieblas siempre de espalda al sol.

Y te acarician sílfides traidoras de la moderna edad,

cantándose el oído seductoras coplas de libertad.

Libertad de razón y de conciencia,

de pensar y creer...

¡la libertad brutal de la demencia,

del robo y del placer!

Los ecos te enloquecen rimbombantes de civilización...

pero ¿qué son los pueblos más gigantes de alma sin corazón?

La máquina y la industria y el comercio y la electricidad...

¿qué son lejos de Dios? ¡Infame precio!...

¡hurto de iniquidad!

Siendo esclava de Dios, fúlate señora,

y el orbe te acataba...

Si te emancipas de tu Dios ahora:

¡serás... serás esclava!

¡Vuelve sobre tus pasos, patria mía... torna a tu edad gentil!

No te seduzca Portugal impía.

spótata, incivil...

ni la del Sena corrompida diosa preñada de veneno,

que despide la sangre generosa del moribundo seno;

que al Papa da la espalda; que escarnece la cruz del Redentor;

que inocula en sus niños que aborrece, la savia del error.

Los niños son el alma, son la vida,

son de la patria el sér...

¿Quién forma hoy la canalla patriótica?

¡Niños sin Dios ayer!

Flores los niños de la raza humana,

fruto o ponzoña dan...

¡Los niños hoy sin Dios, hombres mañana... nuestra España serán!

¡Quieren patria sin ley; quieren hogares sin lealtad, sin honor;

quieren pueblos sin Dios y sin altares;

quieren sangre y terror!...

¡Asesinos!... y matan en el niño la redentora luz,

y ciegan los raudales de cariño que brotan de la cruz!

¡Provocan en la débil criaturilla la blasfemia precoz...

y educan a la humana ferecilla para tigre feroz!

¡Atrás... esas cloacas de reptiles!...

mil veces clamaré...

¡asesinos de seres infantiles... sin ley, patria ni fe!

¡Fuera escuelas sin Dios; no son de España!...

¡Lejos todas... atrás!...

De raza impia son, espuria, extraña... españolas... ¡jamás!

ANGEL DE LA GRANJA.

En todas las declaraciones que hace el Presidente del Consejo de ministros, vemos gran interés de halagar a las izquierdas.

¿Por qué?
Porque son las que chillan, las que pueden armarle un zafarrancho.

A nosotros se nos mira con desprecio, tal vez compasivamente.

Aprendamos a pedir de las izquierdas.

Hay que hacer más

Que es consolador el espectáculo que ofrecen los católicos de España en su protesta contra los hipócritas planes del Gobierno para secularizar la escuela oficial primaria, es indiscontable. Que es consolador y hermoso el hecho de que frente a la petición radicalista de unos escasos trescientos profesores y maestros hayan opuesto la suya, rotunda y enérgica, una inmensa abrumadora mayoría de más de catorce mil de unos y otros que en pro de la enseñanza obligatoria de la Doctrina cristiana, no puede ponerse en duda.

Que abre el pecho a la esperanza alentadora, fortificante y de venideros tiempos y futuras justicias la consideración de que las honestas divergencias y aun las hondas divisiones de los católicos, desaparecen totalmente o extraordinariamente se mitigan ante el supremo interés de la Religión y de la Patria, es evidente.

Y que la fibra religiosa es una de las pocas que quedan vivas, sensibles en este viejo cuerpo nacional, y que no puede herirla sin que todo él se conmueva hondamente, cosa es por todos apreciada y reconocida.

Pero estos consuelos y estas hermosuras y éstas esperanzas, es decir, los de los actos que en pocos años, hemos, públicamente realizado los católicos;

los mensajes elevados a los altos poderes, las protestas dirigidas a los gobiernos, las incomparables manifestaciones que hicimos; las innumerables comicios populares celebrados, resultan evidentemente, ineficaces. Con menos los radicales, derribaron a Maura. Con mucho menos le han cortado dos veces el camino de Palacio.

En cambio, apesar de nuestros mensajes y de nuestras protestas y de nuestros comicios y manifestaciones, y de representar y tener lo que hay de más fuerte y vigoroso en la sociedad española, aristocracia y pueblo, y a la vanguardia un partido de acción familiarizado con todas las abnegaciones y sacrificios, nuestras reclamaciones son pertinazmente desatendidas y menospreciadas.

La opinión española se pronunció contra la ley de Asociaciones y una ley de excepción contra los religiosos hay, pendiente de debate, en el Congreso. La opinión se levantó contra la enseñanza laica o neutra disfruz de la antiorristiana, y los decretos que tienen ese carácter, acaban de darse para centros de adultos y otro para las escuelas de niños, el que tanto y tan arduosamente hemos combatido, no tardará de salir.

¿Es que los gobiernos, que aun reconociendo que somos la mayoría, nos tienen en poco o nos tienen por casi nada a los católicos? Sí, eso es, se nos tiene en poco, «porque se nos teme poco», porque nos presentamos o se nos presenta como estanqueros del orden, porque nos consideran unas buenas gentes, dóciles, aborregadas, tímidas y sin pantalones para amenazar como Lerroux con sus pistolas de Barcelona, Zaragoza y Valencia, con la constante perturbación y la perdurable rebeldía.

Bueno, pues piensen los demás lo que quieran, y respetando, naturalmente, los contrarios pareceres, yo opino que ese concepto, de la condición laica de los católicos, debe concluir, realizando todos sus actos, absolutamente todos los que sean necesarios realizar para que concluya, y sepan los gobiernos que el agravio que se nos hace es incompatible con la paz. Mientras no sea ese el estado de nuestros ánimos, nos responderán, si es que se dignan respondernos, con buenas palabras y con pésimas obras. Ellos quieren eso, que protestemos, que escribamos, que hablemos, que lloremos, y que gimamos, pero dentro siempre de los límites de la legalidad; ¡aún entre balidos ovejunos y lágrimas femeninas, nos van llevando al sacrificio!

MIGUEL PRAYLOR

Se ha hecho general la convicción de que estas campañas antireligiosas no son más que plataforma con-